

PAISAJES DE LA EDAD DEL BRONCE EN LA MESETA<sup>1</sup>

DÍAZ-DEL-RÍO, P. (2001): *La Formación del Paisaje Agrario: Madrid en el III y II milenios BC, Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 9. Madrid: Comunidad de Madrid. 380 pp., 70 figs., 18 láms. ISSN: 1131-6241.

SAMANIEGO BORDIU, B.; JIMENO MARTÍNEZ, A.; FERNÁNDEZ MORENO, J. J. y GÓMEZ BARRERA, J. A. (2001): *Cueva Maja (Cabrejas del Pinar. Soria): Espacio y simbolismo en los inicios de la Edad del Bronce, Memorias Arqueología en Castilla y León*, 10. Valladolid: Junta de Castilla y León. 209 pp., 200 figs. ISBN: 84-9718-070-4.

No es frecuente que el panorama editorial nos sorprenda con novedades sobre la Prehistoria reciente de la Meseta peninsular, salvo los preceptivos artículos que condensan memorias técnicas fruto de la ingrata "arqueología de gestión". Por este motivo es de celebrar la publicación de la tesis doctoral de Pedro Díaz-del-Río, y la memoria de los trabajos realizados por Blanca Samaniego, Alfredo Jimeno, J. J. Fernández, J. A. Gómez y su equipo en Cueva Maja.

Tomando como pretexto la aparición de ambas monografías, pretendo en las líneas que siguen comentar de forma somera algunas ideas sobre cuestiones socioeconómicas de la Edad del Bronce del centro peninsular planteadas desde enfoques no tradicionales. Son muchos los temas que, abordados con interesantes metodologías en ambos volúmenes, no serán objeto de reseña aquí, ante la imposibilidad de tratar todos ellos.

Mediante un simple cotejo de varios aspectos implicados en las dos obras intentaré valorar lo que aportan al debate actual, aunque sin perder de vista las distintas escalas y características de las obras comentadas, así como los distintos tiempos manejados; pues si el discurso del equipo de Cueva Maja se centra en un microespacio del Bronce Antiguo, precisamente ese momento

no cuenta con evidencias significativas en la lectura macroespacial y diacrónica de la campaña madrileña, como reconoce Díaz-del-Río. Para tratar de reducir este inconveniente me referiré a los dos modelos interpretativos implícitos en ambas obras utilizando otros trabajos donde los autores ofrecen una visión más amplia de la problemática que aquí se trata.

Estas dos obras son un buen reflejo de las actuales tendencias renovadoras en la investigación de la Edad del Bronce meseteña, así como de la presente realidad laboral e intelectual de la Arqueología prehistórica peninsular y muestran intereses científicos, experiencias de trabajo, circunstancias académicas y metodologías diversas.

Ambos volúmenes están editados por las Consejerías con competencias sobre el Patrimonio Histórico de cada respectiva Comunidad Autónoma, y tanto la serie de *Arqueología, Paleontología y Etnografía* de la Comunidad de Madrid, que de ser inicialmente una revista ha pasado a reunir trabajos monográficos, como la serie de monografías de *Memorias Arqueología en Castilla y León* de la Junta de Castilla y León suponen una importante política editorial, por su calidad y continuidad, para dar a conocer los trabajos financiados y realizados por estas instituciones autonómicas.

La monografía de Pedro Díaz-del-Río constituye en esencia su trabajo doctoral, modificado y actualizado con novedades posteriores a su lectura, dirigido por el Dr. Juan Vicent (IH, CSIC), y constituye una sólida alternativa al discurso tradicional sobre la Prehistoria reciente del centro peninsular, realizada con mucho voluntarismo y desde fuera de las instituciones académicas, en una tendencia creciente en la que algunas universidades españolas parecen perder la iniciativa en la investigación, y ésta es realizada por empresas de arqueólogos profesionales, con los inconvenientes y dificultades que ello implica dada la actual disociación entre gestión/investigación, también planteada como la confrontación Academia/Arqueología comercial (Díaz-del-Río, 2000: 12).

El autor pertenece a esa tercera generación de arqueólogos peninsulares conscientes de la teoría de su práctica arqueológica (tanto intelectual como *de campo*), y a través de su experiencia

<sup>1</sup> Este breve trabajo se ha beneficiado de los comentarios de Blanca Samaniego, Pedro Díaz-del-Río, Ángel Esparza y Alfredo Jimeno sobre el texto original. Agradezco sus críticas y el interés mostrado.

durante una década de “arqueología profesional”, ha construido una explicación del proceso histórico entre el Neolítico Final y el Bronce Final madrileños, sirviéndose de las herramientas heurísticas del materialismo histórico y recuperando la metodología analítica de M.<sup>a</sup> Isabel Martínez Navarrete (1988) para el estudio del registro arqueológico.

Por su parte, el trabajo del equipo que trabajó en Cueva Maja presenta los resultados de la campaña de excavación realizada y los análisis sobre el registro recuperado en este yacimiento en cueva con grabados parietales, perteneciente al Bronce Antiguo de la Submeseta Norte u *Horizonte Parpantique* según se le viene denominando.

El volumen del Dr. Díaz-del-Río consta de una Introducción, donde se contextualiza el trabajo, un primer capítulo sobre el marco geográfico y tres partes expositivas que reúnen cuatro capítulos más, de forma tal que cada capítulo está concebido como una unidad discursiva autónoma, inteligible independientemente del conjunto de la obra. Estos capítulos han sido escritos con la voluntad explícita de hacerlos comprensibles incluso para quienes desconozcan el estado de la cuestión del período prehistórico que se trata, pues la investigación tiene interés tanto por presentar una propuesta explicativa sobre un segmento sociohistórico concreto, como por constituir un caso particular de un problema más amplio de las Ciencias Sociales; el de cómo se origina la desigualdad social, o lo que es lo mismo desde distinto ángulo, se trata de estudiar los mecanismos desarrollados por las *sociedades primitivas* (en términos clastrianos) para impedir el surgimiento en su seno de formas de explotación social consolidadas.

En la obra de conjunto de Cueva Maja, cuyo título coincide con el de la memoria de licenciatura de Blanca Samaniego dirigida por el profesor Jimeno (UCM), el contenido se desglosa en nueve capítulos sobre aspectos monográficos de síntesis y cuatro apéndices sobre estudios específicos. La intención del proyecto es documentar la relación entre un depósito arqueológico y unas manifestaciones simbólicas coincidentes en el tiempo y en el espacio, permitiendo una interpretación ritual, funcional y simbólica de la cueva.

Las coincidencias entre las obras que tratamos comienzan al sintetizar el marco geográfico, pues ambas integran la información paleoambiental conocida en esos capítulos de introducción geográfica tan al gusto de la tradición disciplinar. Esto supone reconocer la importancia de los estudios arqueobotánicos en una primera “recreación mental paisajística” del lector; se nos habla de topografía, hidrología y vegetación actuales, pero también de los paleopaisajes y los paleoclimas implicados en la realidad que trata cada monografía.

La investigación del Dr. Díaz-del-Río trata de contrastar la consolidación del primer paisaje agrario en el área de trabajo elegida, a través de los indicios recuperables que informan sobre las actividades de las comunidades campesinas que transformaron ese territorio durante un ciclo de *longue durée* entre principios del V<sup>o</sup> milenio cal. AC y ca. 1000 cal. AC. Esta unidad de análisis histórico, dotada de sentido propio por E. N. Chernij y J. Vicent como “Primera Edad de los Metales”, supone en la región un poblamiento de pequeños grupos tribales segmentarios, dependientes de los medios de producción inmóviles, con una creciente inversión de trabajo social en infraestructuras agrarias de rendimiento diferido que dan lugar a la territorialización y a una emergente reciprocidad negativa intergrupala mitigada por prácticas sociosimbólicas cooperativas. Esta tesis le lleva a relacionar una serie de indicadores previsiblemente contrastables en el registro arqueológico. Gran parte del volumen se dedica consecuentemente a recopilar la información contextualizada disponible sobre el registro arqueológico conocido (en la parte titulada “De lo que se dice”) así como a confrontar esa información con los postulados previsibles de ser cierta su tesis.

En la Primera Parte, el volumen de Pedro Díaz-del-Río presenta una síntesis del III y II<sup>o</sup> milenios AC en la región madrileña, utilizando la periodización convencionalista manejada por los investigadores, del mismo modo que el equipo de Cueva Maja dedica un capítulo a situar su yacimiento en la “secuencia cultural” de la Prehistoria reciente de la Submeseta Norte.

Así, Díaz-del-Río realiza una selección crítica de la información disponible, para presentar

las características de la base empírica de la cual partió su investigación. A través de esta presentación, queda de manifiesto cómo la secuencia del Neolítico al Bronce se establece mediante conjuntos cronotipológicos a modo de compartimentos estancos, basados en diferencias en la cultura material no cuantificadas y poco explícitas, centrándose en elementos cerámicos muy minoritarios, como las decoraciones y obviando una sistematización de los mayoritarios. Paradigmática de este modo de hacer normativo a través del “fósil-director” es la definición de la etapa Calcolítica campaniforme, “fase” seriamente cuestionada por centrarse en el análisis de unos elementos muy minoritarios y aislados de sus asociaciones contextuales con el resto de la cultura material recuperable.

La contextualización cronocultural de Cueva Maja pasa por relacionar su depósito con los horizontes Campaniforme y Cogotas I. La interpretación de la secuencia, que en la monografía apenas queda esbozada, se corresponde en esencia con la apuntada por algunos de los firmantes del volumen hace más de una década (Jimeno y Fernández, 1989), y en ella el Neolítico final constituye el primer poblamiento intensivo y continuo del noreste de la Meseta peninsular, aunque es poco conocido. Sobre esta base poblacional, el Calcolítico presenta un patrón de asentamiento relativamente denso e itinerante, que se concentra en el reborde montañoso soriano e incluso en las tierras cultivables de la cuenca del Duero. Ello se debe a una intensificación económica conforme a la visión procesual-pastoril del fenómeno que propone Harrison como versión peninsular de la Revolución de los Productos Derivados. Se trata de un proyecto de asentamientos agrícolas más estables que sin embargo supone un *fracaso adaptativo* (Samaniego, 1999: 64), de forma que tras el Calcolítico se abandonan los establecimientos *experimentales* de las tierras cultivables del centro de la provincia y el poblamiento posterior se centrará en la explotación del reborde montañoso del Sistema Central e Ibérico, con un modo de vida agropastoril que exige una alta movilidad y ocupaciones itinerantes temporales en dependencia de la cabaña ganadera y sus rutas naturales de acceso a pastos.

Según este modelo, el Bronce antiguo, contexto en el que se sitúa la Cueva Maja, se caracteriza por una reducción del número de yacimientos y un poblamiento menos estable pero más diversificado, pues junto a algunos yacimientos agrícolas con campaniforme en la llanura, se ocupan las cuevas y pequeños cerros elevados con gran control visual, de los que su yacimiento-tipo es el Parpantique de Balluncar (Soria). El descenso de la capacidad productiva de los terrenos explotados desde el Neolítico mueve a los grupos a una nueva intensificación a través de diversificar sus estrategias, buscando la explotación estacional agrícola del piedemonte junto al mantenimiento de la tradicional gestión ganadera.

Para contrastar el poblamiento de Protocogotas y Cogotas I se hace patente la dependencia que tenemos de los estilos cerámicos a la hora de definir contextos y marcar los cambios en la secuencia cultural, contando con unos pocos hitos que permitan abordar interpretaciones globales, como Los Tolmos de Caracena, un establecimiento estacional a partir del cual se propone la consolidación de una *economía mixta* de tipo pastoril de temporada junto a cultivos de cereal de ciclo corto. El durante tanto tiempo exclusivo protagonismo de las decoraciones cerámicas de estos grupos, lleva a los excavadores de Cueva Maja a identificar *especies cerámicas* típicas del contexto Protocogotas entre el conjunto material del depósito de este yacimiento, de forma que plantean otras perspectivas para entender la sincronía de distintos conjuntos artefactuales.

En ambas obras son claras las desconfianzas que suscitan los estilos cerámicos como indicadores cronométricos demasiado relativos, coincidiendo al abordar el problema del límite inferior del fenómeno campaniforme, y la sospecha compartida de la sincronía de los últimos materiales campaniformes con otros contextos culturales además de los calcolíticos, bien sean los del Bronce pleno o Bronce clásico madrileño, o bien la repetida coincidencia entre campaniforme y Protocogotas en el Alto Duero, solapamiento más visible tras la calibración de los valores medios del  $^{14}\text{C}$ .

En cuanto a los aspectos metodológicos, con la lectura del libro de Pedro Díaz-del-Río no deja

de notarse la precaria y deficiente elaboración del registro arqueológico que suele ofrecer la Arqueología histórico-cultural para preguntar sobre las cuestiones de mayor alcance que necesita contrastar su tesis. También son conscientes de ello los excavadores de Cueva Maja, de forma que en los planteamientos metodológicos de ambos proyectos se ha tenido muy presente la necesidad de un registro cuantificado de la información. Para ello se ha necesitado obtener datos de primera mano, mediante excavación arqueológica; a través de una campaña programada en Cueva Maja y tras numerosas intervenciones de urgencia en la campiña madrileña, siguiendo distintas metodologías de registro, pues si Díaz-del-Río argumenta la necesidad de trabajar mediante excavación estratigráfica por unidades naturales según el sistema Harris-Barker, en Cueva Maja se utilizó el tradicional y meticuloso registro por capas o alzadas artificiales que seccionan arbitrariamente la estratificación.

En ambas obras se ha contado con especialistas en Palinología, Antracología, Carpología, Arqueozoología, Arqueometalurgia, etc., lo cual, añadido a un análisis riguroso del material arqueológico (no sólo morfotipológico) tanto cerámico como lítico (clasificaciones funcionales, patrones espaciales de deposición en Cueva Maja; análisis de huellas de uso, estudio del ciclo del residuo y su distribución diferencial en Las Matillas, etc.) permite ampliar cuantitativa y cualitativamente el registro arqueológico de la Edad del Bronce meseteña. Como resultado de dichos trabajos, los dos programas presentan un considerable volumen de datos bien registrados y contextualizados, por lo que la base empírica que utilizan reúne unos criterios de calidad poco frecuentes en la investigación prehistórica meseteña.

Me parecen demasiado poco frecuentes las advertencias de Pedro Díaz-del-Río sobre los complejos fenómenos de formación del registro de la Meseta y sus obviadas transformaciones postdeposicionales, así como las sospechas de la parcialidad de ese registro si no es mostrado por amplias excavaciones en extensión o por métodos de aproximación cada vez más utilizados y eficaces, como la prospección geofísica o la fotointerpretación aérea.

En cuanto al discurso interpretativo involucrado en cada obra, voy a tratar de caracterizar

ambos modelos deteniéndome en su lectura socioeconómica, así como integrar esas visiones en el actual debate sobre la variedad de situaciones detectables durante la Prehistoria reciente meseteña.

En la tesis de Díaz-del-Río se presentan modelos antropológicos tomados del evolucionismo tanto funcionalista (sociedad tribal segmentaria) como materialista histórico (sociedad germánica) para aproximarse a unos grupos agrarios prehistóricos que suelen caracterizarse dentro del enorme cajón de sastre de las jefaturas.

Su explicación del proceso histórico parte del Neolítico, cuyos indicadores arqueográficos son cada vez más numerosos en la zona, etapa que constituye el necesario precedente histórico del ciclo socioeconómico analizado, al materializar la acumulación primitiva y la formación de las primeras comunidades campesinas (Vicent, 1991a).

Durante el Calcolítico, la intensificación supuso la inversión de capital fijo de subsistencia en infraestructuras (espacios de almacenamiento colectivo en silos, poblados rodeados de zanjas concéntricas...) y espacios productivos (parcelación del paisaje agrario) de rendimiento diferido. Este proceso se consolidó durante la Edad del Bronce, mostrando el ordenamiento de esta comunidad primitiva o no estatal una fuerte resistencia a la aparición de poderes impuestos desde fuera del cuerpo social. De existir explotación preclásica dentro de estos grupos meseteños, ésta se encontraría limitada por la consanguinidad (Vicent, 1998). Fruto de este ciclo histórico es la conformación del primer *Paisaje agrario*, transformado por la inversión de trabajo social de estas comunidades, cuyas relaciones sociales vienen determinadas por su dependencia crítica de la tierra (tanto para cultivo como para pastos).

La interpretación de Cueva Maja se inserta en un modelo teórico (Jimeno y Fernández, 1989; Jimeno, 2001; Samaniego, 1999) que hace referencia fundamentalmente a un *Paisaje pastoril* primitivo, aunque nunca falte la referencia a las actividades agrícolas complementarias<sup>2</sup>. La

<sup>2</sup> En la excavación de Cueva Maja se ha documentado la presencia tanto de gramíneas *Cerealia* como de *Leguminosae sp.*

evidencia faunística disponible en Cueva Maja muestra que se trató de grupos familiares pastoriles con cierto control sobre las estrategias de reproducción y alimentación de la cabaña ganadera. A partir del estudio de la cueva, la fauna indica una tendencia significativa a no sacrificar individuos jóvenes, con lo que se propone una probable selección de la cabaña, con machos sementales y hembras para dar leche. El grupo humano que generó ese registro se interpreta como una comunidad cuya estrategia económica se adapta al ciclo de vida animal.

La cueva fue un espacio simbólico en el que tras una acción inaugural en la que se grabaron sus paredes, se consumió carne en la Sala y se realizaron actividades rituales, fue frecuentado periódicamente por grupos pastoriles itinerantes durante un tiempo breve (dos o tres siglos), en un contexto cultural del que se comienzan a conocer mejor este tipo de santuarios asociados a arte parietal y áreas de actividad, así el *depósito de caballos* del Portalón de Cueva Mayor en Atapuerca (Elorza, 1996: 55), o como están mostrando las excavaciones del equipo dirigido por Richard Bradley en El Pedroso<sup>3</sup> (Zamora).

Los asentamientos coetáneos a Cueva Maja se presentan tanto en ocupaciones "agrícolas" del valle, como otros estudiados en la serranía soriana tipo Parpantique, que parecen primar el aprovechamiento ganadero. Asistimos a una diversificación del poblamiento, dando lugar a una variedad de situaciones arqueológicamente detectables, entre las que se encuentran yacimientos que se interesan en los recursos ganaderos del piedemonte (Jimeno y Fernández, 1989). Y en este aspecto puede detectarse un poblamiento menos estable en el paisaje, más móvil, más ligado a los movimientos de los animales como proponen estos autores para el Alto Duero. Es en este paisaje donde se puede entender un yacimiento como Cueva Maja.

<sup>3</sup> Al "grupo Parpantique" pertenecen materiales de la cámara interna, así como de los depósitos de la plataforma al exterior de la gruta, lo cual se asocia a los grabados. *Vid.* un breve resumen de los trabajos arqueológicos en curso en la dirección URL: [http://www.rdg.ac.uk/archaeology/Research/ElPedroso/El\\_Pedroso.htm](http://www.rdg.ac.uk/archaeology/Research/ElPedroso/El_Pedroso.htm) (septiembre 2002).

Recapitulando; por un lado tenemos pues, poblados bien arraigados de comunidades agrarias con agricultura desarrollada en la campiña madrileña, y por otro inestables establecimientos itinerantes, como Cueva Maja, de eminente carácter pastoril.

¿Dos modelos de paisaje para la Edad del Bronce de la Meseta? Se trata de una vieja dicotomía que posiblemente no sea tal. La simplista oposición pastor/agricultor es un tópico etnográfico inconcebible en economías agrarias de subsistencia, y las dos lecturas propuestas aquí son conscientes de la necesaria integración complementaria de ambas actividades productivas. Para Fernández-Posse (1998: 117) se trata de distintas tendencias económicas de los asentamientos según el nicho ecológico en que se encuentran, y así parece aceptarse de forma consensuada.

El problema, sin embargo, aparece de forma antagónica en múltiples ocasiones a partir de sus binomios contrastados. Por un lado la movilidad, endeblez y estacionalidad de los asentamientos *versus* poblados sedentarios, estables y duraderos; grupos con agricultura de roza itinerante *versus* estructuras agrícolas complejas de rendimiento a largo plazo; un incipiente control del territorio y bajo desarrollo tecnológico *versus* parcelación y territorialización, como inversión primigenia de capital. Los defensores del primer punto de vista (Blasco, 1987; Muñoz, 1993; Valiente, 2000) bien pueden llamarse *primitivistas* como propone Díaz-del-Río, frente a los decididos defensores de un poblamiento sedentario estable basado en una agricultura permanente para la Edad del Bronce meseteña (Díaz-del-Río, 1995; Bellido, 1996; Burillo y Ortega, 1999).

De momento algunos planteamientos están cambiando, y así, se ha ido aceptando la interpretación de los campos de hoyos como *campos de silos* y la necesaria permanencia plurianual de algunas comunidades Cogotas I (Delibes *et al.*, 1999: 178), e incluso los manidos *pastores itinerantes de excisión y boquique*, protagonistas durante tanto tiempo del grupo Cogotas I, son ahora observados como habitantes de redes jerarquizadas de poblados estantes, donde el almacenamiento agrícola tuvo suma importancia (Delibes y Fernández, 2000: 108 y ss.).

Pero la cuestión de fondo, como indican diversos autores, y salvando las diferencias ecológicas y contextuales entre los sectores meseteños en que está parcelada la investigación de la Prehistoria reciente, es determinar cómo se explota el medio, sobre qué se articulan las relaciones sociales de producción, y en este aspecto los modelos de paisajes prehistóricos en debate se presentan antagónicos; bien la versión funcionalista de Harrison, que concibe un paisaje gestionado mediante cierta especialización pastoril, al menos por parte de algunos segmentos de esos grupos agrarios, bien la interpretación de Díaz-del-Río, que considera a estas comunidades campesinas lejos de cualquier tipo de especialización productiva del paisaje agrario.

Dicho en términos más genéricos: la intensificación de finales del III milenio AC puede interpretarse como especialización según el modelo procesual-pastoril del Policultivo Ganadero de Harrison (1985, 1993) o como diversificación agroforestal según Díaz-del-Río (1995).

Parece que para la contrastación de los modelos de paisaje resulta clave salir de los argumentos historiográficos tradicionales y su lógica circular, acudiendo al terreno de las Ciencias Naturales. Como es claro que los estudios de fauna buscan información sobre aspectos ganaderos y desde los análisis polínicos se pregunta fundamentalmente sobre las actividades agrícolas (y también ganaderas), la evaluación de las propuestas podrá realizarse a través de estrategias de estudio integradas sobre el total de la producción de una misma comunidad agraria (Ortega, 1999: 419) relacionando el apartado arqueográfico con el registro faunístico y con una muestra paleoecológica representativa, sin disociar la información arqueozoológica de la arqueobotánica ni sus respectivas hipótesis de trabajo.

El interés por los análisis de corte territorial o espacial me mueve a una última consideración. El Análisis de Captación Económica (ACE) de los yacimientos tendrá mucho que decir en este sentido, según se ha mostrado en el sureste peninsular (Gilman y Thornes, 1985; Vicent, 1991b). En el caso de Díaz-del-Río ese estudio hubiera supuesto un trabajo inabarcable en las circunstancias de su investigación. Los excavadores de Cueva Maja ensayan (en su estudio

microespacial) una caracterización de los tipos de suelos y su medición en el entorno de la cueva, un aspecto sumamente interesante de la monografía, pero que, lejos de consistir en una fórmula de representación cartográfica de potenciales tendencias económicas, cobra su real valor heurístico cuando se comparan series homogéneas de mediciones sobre conjuntos de yacimientos para detectar contrastes significativos entre las decisiones locacionales implicadas en ellos (Fernández y Ruiz Zapatero, 1984: 59).

A modo de conclusión, pienso que las perspectivas de futuro para la investigación de la Prehistoria reciente de la Meseta, como ponen de manifiesto las dos obras comentadas, precisan cada vez más articular programas de investigación dirigidos por propuestas teóricas explícitas, contrastables con una evidencia empírica que va a aumentar progresivamente en el marco de la "arqueología patrimonial", pero que ha de ser formalizada y publicada como un registro cuantificado y homogéneo, con muestreos paleoecológicos representativos.

Ambas obras muestran, tanto desde la perspectiva funcionalista de Cueva Maja como desde el análisis de clase de la campiña madrileña, nuevas formas de preguntar al registro arqueológico sobre cuestiones de más altos vuelos que las que puede formular la investigación histórico-cultural.

La contextualización de todo el material arqueológico, sus aspectos funcionales, sociales y también simbólicos son objeto de interés, y su interpretación considera los aspectos tafonómicos y postdeposicionales para formular explicaciones de grandes procesos históricos.

Nos encontramos ante dos excelentes trabajos, buenos referentes de la investigación vanguardista y renovadora que se realiza en la actualidad sobre Prehistoria reciente en la Meseta, que han supuesto un importante esfuerzo por ofrecer un registro arqueológico más completo y depurado, abordado desde distintas visiones de los mismos problemas, y ofreciendo imágenes complementarias de los paisajes de la Edad del Bronce en el centro peninsular.

*Antonio Blanco González \**

\* Becario FPI, Depto. Prehistoria, Universidad de Salamanca.

## Bibliografía

- BELLIDO BLANCO, A. (1996): *Los campos de boyos. Inicio de la economía agrícola en la Submeseta Norte*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- BURILLO MOZOTA, F. y ORTEGA ORTEGA, J. M. (1999): "El proceso de formación de las comunidades campesinas en el Sistema Ibérico (1400-400 a.C.)". En ARENAS ESTEBAN, A. y PALACIOS TAMAYO, M. V. (eds.): *El Origen del Mundo Celtibérico. Actas de los Encuentros sobre el Origen del Mundo Celtibérico*. Molina de Aragón: Ayto. de Molina de Aragón, pp. 123-141.
- BLASCO, M.<sup>a</sup> C. (1987): "El Bronce Medio y Final". En *130 Años de Arqueología Madrileña*. Comunidad de Madrid, pp. 83-107.
- DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (2000): "La trayectoria cultural de la Prehistoria Reciente (6400-2500 BP) en la Submeseta Norte española: principales hitos de un proceso". En JORGE, V. (coord.): *Actas 3º Congreso de Arqueología Peninsular*, vol IV, *Pré-História Recente da Península Ibérica*. Porto, pp. 95-122.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ, J.; FONTANEDA, E. y ROVIRA, S. (1999): *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica. La Colección Fontaneda*. Zamora: Junta de Castilla y León.
- DÍAZ-DEL-RÍO, P. (1995): "Campesinado y gestión pluriactiva del ecosistema: un marco teórico para el análisis del III y II milenios a.C. en la Meseta peninsular", *Trabajos de Prehistoria*, 52 (2), pp. 99-109.
- (2000): "Arqueología Comercial y Estructura de Clase". En BÓVEDA LÓPEZ, M.<sup>a</sup> (coord.): *Gestión Patrimonial y Desarrollo Social, CAPA*, 12, pp. 7-18.
- ELORZA, J. C. (coord.) (1996): *150 años (1846-1996) del Museo de Burgos*. Burgos: Junta de Castilla y León.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. y RUIZ ZAPATERO, G. (1984): "El análisis de territorios arqueológicos: Una introducción crítica", *Arqueología Espacial*, 1, pp. 55-71.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Madrid: Síntesis.
- HARRISON, R. J. (1985): "The 'Policultivo Ganadero', or the Secondary Products Revolution in Spanish Agriculture, 5000-1000 BC", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 51, pp. 75-102.
- HARRISON, R. J. (1993): "La intensificación económica y la integración del modo pastoril durante la Edad del Bronce". En *Actas 1º Congreso de Arqueología Peninsular (Porto, 1993). Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 33 (3-4), pp. 293-299.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. (2001): "El modelo de trashumancia aplicado a la cultura de Cogotas I". En RUIZ-GÁLVEZ, M. (coord.): *La Edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro de España? Sociedad, economía e ideología*. Barcelona: Crítica, pp. 139-178.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. y FERNÁNDEZ MORENO, J. J. (1989): "El poblamiento desde el Neolítico a la Edad del Bronce: constantes y cambios". En *Actas del 2º Symposium de Arqueología Soriana*, vol. 1, pp. 69-103.
- GILMAN, A. y THORNES, J. B. (1985): *Land-use and Prehistory in South-East Spain*. London: George Allen & Unwin.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1988): *La Edad del Bronce en la Submeseta Suroriental: una revisión crítica*. Colección Tesis Doctorales, 191/88. Universidad Complutense de Madrid, 3 vols.
- MUÑOZ, K. (1993): "El poblamiento desde el Calcolítico a la Primera Edad del Hierro en el valle medio del río Tajo", *Complutum*, 4, pp. 321-336.
- ORTEGA ORTEGA, J. M. (1999): "Al margen de la 'identidad cultural': Historia social y economía de las comunidades campesinas celtíberas". En BURILLO, F. (coord.): *IV Simposio sobre Celtíberos. Economía*. Zaragoza, pp. 417-452.
- SAMANIEGO BORDIÚ, B. (1999): "Espacios simbólicos en el Bronce Antiguo del Alto Duero", *Complutum*, 10, pp. 47-69.
- VALIENTE MALLA, J. (2000): "Cogotas I en la Cuenca Superior del Tajo". En JORGE, V. (coord.): *Actas 3º Congreso de Arqueología Peninsular*, vol. V, *Proto-História da Península Ibérica*. Porto, pp. 203-224.
- VICENT, J. M. (1991a): "El Neolítico. Transformaciones sociales y económicas", *Boletín de Antropología Americana*, 24, pp. 31-61.
- (1991b): "Fundamentos Teórico-Metodológicos para un programa de investigación arqueo-geográfica". En LÓPEZ, P. (ed.): *El cambio cultural del IV al II milenios a.C. en la comarca Noroeste de Murcia*, volumen 1. Madrid: CSIC, pp. 23-117.
- (1998): "La Prehistoria del Modo Tributario de Producción", *Hispania*, LVIII (vol. 3), nº 200, pp. 823-839.